Redes sociales y lectura: ¿nuevas categorías de lector y autor?

Carolina Romero Godoy

Que no fuiste el amor de mi vida, ni de mis días, ni de mi momento. Pero que te quise, y que te quiero, aunque estemos destinados a no ser.

Julio Cortázar

Probablemente, para muchas personas las redes sociales son algo cotidiano, un lugar ambivalente, que conecta a una realidad en la que se tiene la sensación de control y selección; una pausa y un momento de relajo, un lugar de contacto virtual que a la vez los aliena de la realidad que los incomoda o aburre. Dentro de las redes sociales, una de las más populares e interesantes de observar es Facebook, especialmente, las nuevas relaciones que se forman a partir de esta plataforma virtual.

La presente exposición pretende ser una reflexión exploratoria sobre las nuevas formas de relación con la literatura que ofrece Facebook. La posibilidad de acceder de manera simple, rápida y selectivamente a la obra de un autor, genera la sensación de familiaridad con el mismo, por el solo acto de apropiación afectiva de colocar un "me gusta" en una publicación y, sobre todo, de compartirla en nuestro muro personal.

Roger Chartier, a propósito de sus estudios sobre la lectura y especialmente de internet, expresa en una entrevista al diario *El Mercurio* que "las mutaciones de nuestro presente modifican todo a la vez, los soportes de la escritura, la técnica de su reproducción y diseminación, y las maneras de leer" ("El poder de la lectura digital").

Resulta interesante observar cómo el espacio ofrecido hoy por Facebook –y las otras redes virtuales– para la producción de textos pone en cuestión las nociones tradicionales de autoría y lectura. Tal como lo planteaba previsoramente Walter Benjamin en *La obra de arte en la época de*

su reproductibilidad técnica, la tecnología es uno de los factores que afecta los modos de producción y de percepción de los textos. Si a esto sumamos el factor de la anonimia y recursos mínimos con que es posible publicar un texto hoy, nos encontramos frente a un campo de indeterminación y ambigüedades que sin duda incide en la conformación de las subjetividades lectoras, lo cual también influye en la concepción de autoría, tan asediada desde los años sesenta por Roland Barthes. Por ejemplo, el texto escogido para iniciar este trabajo pareciera a simple vista ser un epígrafe. ¿Quién cuestionaría esta cita que expone abiertamente el autor y la obra de la que se extrae, y que cuenta, además, con gran popularidad entre los lectores de las redes sociales? Sin embargo, se trata de un texto apócrifo. Sin duda, Facebook ofrece la posibilidad de acceder a una lectura particular, de manera rápida, cómoda y selectiva; en el imaginario virtual, los autores se van construyendo a partir de un mosaico de citas; esto genera apertura en el campo de la lectura, la que escapa del medio tradicional académico, pero busca de todas maneras participar del mismo "estatus" de autoridad del lector tradicional. Nos referiremos a la construcción de estos nuevos lectores y sus formas de socializar la lectura en la red.

Es un hecho que la lectura tradicional de libros "ahora convive, incluso físicamente, con un gran número de objetos distintos de información y formación electrónicos y los abundantes *gadgets* que decoran los ambientes" (Domínguez y Sádaba 33). Es justamente a partir de estos objetos electrónicos decorativos que se desencadena esta reflexión. Bastante curiosidad suscita observar la circulación de estas citas como unidades de sentido producidas en un formato visual acotado de "meme". Este término, que hoy se utiliza con bastante familiaridad en las redes sociales –no solo en Facebook– es definido por Luis Castro, un experto en internet básico, como:

un término utilizado en el mundo de Internet para describir una idea o un símbolo que se transmite de forma explosiva a través de los medios de Internet (email, red social, blog, noticias, entre otros servicios). *Meme* viene de la palabra griega "mimema", que significa "algo imitado", y representa una forma de propagación cultural, un medio para que la gente transmita memorias sociales e ideas culturales entre sí.

En 2013, a propósito de los cincuenta años de *Rayuela*, comenzó a circular con mucha fuerza una serie de memes que reproducían el frag-

mento de la novela de Julio Cortázar utilizado aquí como epígrafe. No obstante, como ya ha sido señalado, este texto no es del autor argentino; sin embargo, muchas personas –hasta el momento en que es escrito este texto- lo reciben, lo comentan, lo elogian y lo disfrutan, hablando con la autoridad de un lector ávido de Cortázar. Ante este fenómeno, hace sentido el parecer del lingüista italiano Raffaele Simone, quien considera que internet atenta contra la lectura y la escritura, debido a que sustituye la lectura por la simple mirada, en palabras del autor, podríamos decir "que la enorme cantidad de estímulos auditivos y la cultura de la escucha que ha generado han hecho perder importancia a la visión alfabética y a su soporte más típico: el texto" (41); por ende, la mirada buscará formas más que desentrañar el código alfabético.La postura que tomamos en esta reflexión es más moderada, y de alguna manera se alinea más con la postura de Fernando Savater, el filósofo español que se manifiesta reacio a las posturas apocalípticas y a los entusiasmos desmedidos, pero sí advierte un peligro de la práctica de la escritura y la lectura en internet: la supresión de las normas ortográficas y gramaticales (Domínguez y Sádaba 35). Pero, más allá de estos peligros que pueda presentar la interacción virtual con los textos, no deja de llamar la atención cómo Facebook, en tanto red social, nos permite construir un relato sobre quiénes somos, al volvernos autores y lectores de nuestro relato vital y del de nuestros contactos.

Regresando al punto de partida de esta reflexión, llama la atención por qué esta cita apócrifa de Cortázar abunda en esta red social, ya sea en forma de "Estado de Facebook", en el que se invita a compartir lo que el usuario está pensado, o bien como meme asociado sobre todo a perfiles que se dedican a la difusión de la literatura y de personas que se declaran amantes de la misma, pero que al parecer no han terminado de leer *Rayuela*. Sin hacer un juicio de valor estético sobre la mencionada cita, nuevamente punza la incomodidad de preguntar: ¿por qué Cortázar –u otro autor, hay más citas apócrifas flotando en la web–? ¿Acaso el texto valdría menos si no fuera de un escritor tan reconocido?

Al reflexionar sobre la categoría de autor, siguiendo los postulados de Barthes, podríamos decir que esta manera de construir un autor a partir de una aglomeración de citas responde sobre todo a la constatación de que la figura del autor ha muerto, en la medida en que ha surgido –y ahora también fortalecido– la figura del lector –recordemos que Barthes sentencia que "el nacimiento del lector se paga con la muerte del autor"

(5)—. No obstante, permanece la duda sobre por qué este texto necesita asociarse a la figura de un autor conocido. Probablemente, ella fue fruto del desconocimiento; sin embargo, la atribución de autoría de prestigio a otros textos es algo que ha venido sucediendo con bastante insistencia desde hace algunos años, como para que hoy día todavía algunas personas atribuyan el poema *Instantes* a Jorge Luis Borges y el poema *Queda prohibido* a Neruda.

Al respecto, cabe preguntarse nuevamente: ¿qué tan muerto está el autor? Hoy pareciera que manejar citas de diferentes autores –no solamente literatos, filósofos y políticos sobre todo– e intercalarlas en el discurso personal otorga una suerte de "estatus" de intelectual. Ante la pregunta sobre qué es el autor, Chartier recurre a la definición dada por Foucault en 1969 en *El orden del discurso*, y nos dice que "su respuesta [la de Foucault], [...] considera al autor como uno de los dispositivos dedicados a dominar la inquietante proliferación de los discursos" (*Escuchar los muertos* 12). Junto con esto, además, la figura del lector también se complejiza. ¿Qué es un lector? ¿Qué se entiende por lectura? Siguiendo con Chartier, es importante mencionar que considera que la lectura frente a la pantalla es discontinua, segmentada, atada más al fragmento que a la totalidad.

Considerando estos dos puntos de vista, entonces podemos aventurar que tal vez, al ser el autor un medio, efectivamente el nombre de Cortázar (o cualquiera de prestigio) sea un medio de participar en la lectura, pero de una manera más cómoda.

Tal como ya se ha mencionado, no es el objeto de esta reflexión realizar juicios de valor, mucho menos despreciar ningún hábito de lectura; simplemente, parece interesante observar cómo el ejercicio de lectura de un autor pareciera, al menos a nivel de doxa, prescindir del ejercicio de lectura como una interacción personal entre el lector y el texto. Ahora los textos son leídos por alguien más y se selecciona lo mejor de ellos; de esta manera se ahorra tiempo, energía, y se puede acceder al conocimiento académico de prestigio, sin pasar por las incomodidades que tanta pereza provoca leer. Cierto es que esta manera de socializar la obra de un autor también permite que emerjan nuevos lectores que se interesen en leer y conocer las obras. La escuela condiciona a percibir la lectura como una actividad disciplinada, obligatoria y cuyo goce pareciera estar reservado a unos aventajados. En *Escuchar los muertos con los ojos*, Chartier nos recuerda que en el siglo XIX los manuales escolares enseñan que el verdadero conocimiento está en los libros, y que a partir de la lectura

los jóvenes se harán sabios. Con algunos cambios, debido a diferentes enfoques pedagógicos y al nacimiento de la lectura como consumo, entre otros, el concepto de lectura en la pedagogía no ha cambiado mucho: se lee sobre todo para aprender, no para disfrutar per sé.

Empero, hay una nueva forma de leer y de relacionarse con el texto a partir del espacio virtual y las redes sociales; al respecto, algunos vaticinan la muerte del libro como objeto, y otros se muestran menos pesimistas. Sea como fuere, no se puede negar que en el sistema educacional –a nivel secundario por lo menos–, la lectura de libros está cambiando, e incluso hay profesores que comienzan a hablar de una crisis de la lectura y del lenguaje debido a la influencia de las redes sociales.

Es grato pensar que más que hallarnos frente a una catástrofe de la literatura, estamos frente a una manera diferente de leer, de volver a pensar qué es un autor y qué es un lector. Cierto es también que se podría cuestionar qué tan diferente son estas categorías ahora con la apropiación del espacio virtual. Sobre todo si, tal como se ha mencionado, pareciera que se está constatando lo que Barthes vaticinó cuando declara la muerte del autor, la emergencia del lector y la escritura como un acto lingüístico, y se evidencia que "el texto es un tejido de citas provenientes de los mil focos de la cultura" (3).

Expuestas las ideas centrales de esta propuesta reflexiva, se retomará la pregunta sobre por qué la circulación tan masiva de estos textos apócrifos necesita participar del prestigio de un autor que se instaura como una suerte de institución de autoridad en el imaginario de lectura. Si bien el texto puede ser o no de calidad, al parecer postear en el muro de Facebook estos memes con citas de autores, o bien ponerlos como "estado" anímico, otorgan cierta aura de intelectualidad a quien los reproduce. Entonces, no importa solamente qué se dice en el contenido; tener un respaldo de autoridad cultural da más forma a la ficción virtual que el individuo hace de sí mismo.

Por otra parte, no se puede omitir que Facebook es una red social que capitaliza los estados de ánimo y las experiencias de sus usuarios, entre otros factores. En algunas ocasiones, pareciera que recurrir al muro de alguien en Facebook dará información sobre cómo es esa persona. En el proceso de construcción del muro social también hay un ejercicio de autoría y una ficcionalización del yo. Entonces, ¿está muerto el autor? Es evidente que este ejercicio de autoría no es igual que el del autor de una obra literaria o un texto que ha sido publicado y avalado por una insti-

tución, ya sea editorial o universitaria. Pero sí es un ejercicio de autoría que circula, que es leído por otros, que construye una imagen de quien aparece en esa página. En este sentido, no deja de hacer eco el planteamiento de Bajtin referente a que es la ideología capitalista la que concede máxima importancia a la "persona" del autor. Tal vez esta vuelta de la figura del autor, a nivel de Facebook, Twitter o Blog, se explica porque se está escribiendo dentro de una lógica de capitalismo afectivo, como lo ha señalado el profesor Carlón¹.

Para terminar, es necesario referirse a un particular tipo de lector que aparece a propósito de estos textos apócrifos: el lector más tradicional, quien señala, critica y aclara el error. Este fenómeno es interesante porque evidencia una regulación, por parte de los conectados a estas redes, del contenido que producen y ponen en circulación los propios usuarios. Esta posibilidad de crítica que admite Facebook es importante destacarla, porque, de alguna manera, el conocimiento académico formal llega desde esta regulación. Ahora bien, no siempre quien ha publicado el texto apócrifo recibe bien las críticas, y el posible debate intelectual se desvirtúa cuando se ofenden sensibilidades y se descalifica a nivel personal. Pero, sin duda, ello muestra también un estatus de superioridad de la cultura académica por sobre la doxa, y en este sentido, se puede constatar cómo algunas instituciones de poder se reafirman. Asimismo, hay ocasiones en que las personas declaran no estar interesadas en lo que diga la Academia, y disfrutan de aquellas citas creyendo que pertenecen a dichos autores. En estos casos extremos, se observa una independencia y un empoderamiento del lector, más allá de una actitud de capricho, o de un recurso desesperado de invalidación del otro. Es evidente, por último, que existe la necesidad de un mayor análisis para reflexionar y comprender y este fenómeno, pero pareciera que las prácticas son tan rápidas que la teoría tiene que hacerse de forma rauda; lo que sin duda representa un desafío para los investigadores, puesto que lo que está sucediendo hoy en la red, mañana ya puede estar olvidado.

¹ Revisar texto contenido en este volumen.

Bibliografía

- Barthes, Roland. *La muerte del autor*. Trad. C. Fernández. 1968. https://teorialiteraria2009.files.wordpress.com/2009/06/barthes-la-muerte-del-autor.pdf>. Web. 3 Ago. 2016.
- Benjamin, Walter. *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Trad. Alfredo Brotons. Madrid: Abada, 2008. http://www.circulobellasartes.com/benjamin/obra.php?id=2. Web. 4 Ago. 2016.
- Castro, Luis. "¿Qué es meme?". *About en español*. http://aprenderinternet.about.com/od/Glosario/g/Que-Es-Meme.htm>. 28 Feb. 2016. Web. 30 Sept. 2014.
- Chartier, Roger. Escuchar los muertos con los ojos. Buenos Aires: Katz, 2008.
- ---. "El poder de la lectura digital no tiene paragón en la historia". Entr. Daniel Swinburn. *El Mercurio*, suplemento Artes y letras, 5 de octubre de 2008. http://diario.elmercurio.com/detalle/index.asp?id=%7B8c30a4f0-5dc1-4934-9656-e077bc95a4ce%7D#>. 3 Ago. 2016.
- Domínguez, Mario e Igor Sádaba. "Transformaciones en las prácticas culturales de los jóvenes. De la lectura como ocio y consumo a la fragmentación neotecnológica". *Revista Estudios de juventud* 70 (2005): 23-35.

Simone, Raffaele. La tercera fase. España: Taurus, 2000.